

rocaeditorial histórica

*Fermín
Goñi*

LOS SUEÑOS DE UN LIBERTADOR



La extraordinaria vida del general Francisco de Miranda, un Quijote sin locura que llevaba fuego en la sangre, según Napoleón Bonaparte.

Los sueños de un libertador



Los sueños de un libertador

Fermín Goñi

Rocaeditorial

© Fermín Goñi, 2009

Primera edición: octubre de 2009

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-015-1
Depósito legal: M. 32.316-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

«Para tener una idea acertada de las operaciones de las que resulta el pensamiento es necesario considerar el cerebro como un órgano especial diseñado especialmente para producirlo, como el estómago y los intestinos están diseñados para realizar la digestión y el hígado para liberar la bilis.»

PIERRE JEAN GEORGES CABANIS,
médico fisiólogo
*Rapports du physique et du
moral de l'homme*, 1802

«Miranda fue el primer sudamericano culto que Europa conoció.»

VIDIADHAR SURAJPRASAD NAIPAUL,
premio Nobel de Literatura
La pérdida de El Dorado, 1969

En memoria del gran Julio Alonso, amigo del alma, ejemplar único e irrepetible de periodista integral, mirandoniano de primera hora.

uno, Maastricht 1793

Estoy sudando de frío, de excesivo frío, de crudeza. Soy el general en jefe de un ejército de más de 70.000 efectivos que se encuentra luchando en Bélgica en pro de la libertad de los ciudadanos europeos, pero nuestros caballos se mueren de hambre por falta de forraje, los soldados que pueden desertan y los que permanecen no tienen ropas para este gélido invierno, que nos faltan botas, capas, mantas, no tenemos carabinas suficientes, ni pistolas, ni sables, ni arneses para las monturas... Mando un ejército de sarnosos cubiertos de piojos que bajo la nieve y con un frío aterrador están en camisa disparando obuses; otros no tienen cubierto más que un muslo, aquéllos únicamente una manga del uniforme... El vestuario de estos hombres, desde la cabeza a los pies, se encuentra en el mayor desastro, todo es abandono y carencias. Sin embargo, con esta misma tropa hemos conquistado Valmy, Amberes, Lieja, Namur... y esperamos llegar hasta la Holanda para entrar en Maastricht.

La falta de armamento, munición, ropas y alimentos la suplo (es un decir) con charlas a los oficiales, cuando no a la propia tropa, para darles moral, que en el ejército la fuerza mental lo es todo. Esto, la carencia absoluta, lo saben en la capital de Francia, pero allí existe un barullo fenomenal y poca profesionalidad entre los que ejercen los poderes públicos. Se lo he dicho al alcalde de París, mi amigo Jérôme Pétion; a Pierre Riel,

marqués de Beurnonville, ministro de la Guerra; al general Charles François Dumouriez, a todos los que he podido y de todos he obtenido buenas palabras. Poco más. Pero con eso no se libran las batallas ni se ganan las guerras.

Ahora —primeros meses de 1793, invierno— que estamos tratando de doblegar Maastricht, subido sobre un cañón de a veinticuatro que creía dispuesto para disparar con bala roja, les he soltado una arenga a mis hombres:

—Nuestras fuerzas navales van a cubrir los mares y dar el triunfo al pabellón tricolor mientras que vosotros, gloriosos vencedores de Valmy, de Jemmapes, de Lieja, de Amberes, de Namur, vais a derribar de nuevo a los satélites de los déspotas. Valor, unión, disciplina, vigilancia; habéis vencido por esos medios, acabaréis vuestra obra y el árbol de la libertad, plantado por vuestras manos triunfantes, extenderá por doquier sus ramas bienhechoras.

A la vista de que seguían con cierta atención el discurso he seguido impulsando la moral:

12 —Y en este momento, cantad conmigo: *Allons enfants de la Patrie, le jour de gloire est arrivé, contre nous de la tyrannie...*

Como un solo hombre la tropa se envalentonó con este himno que tanto ánimo nos da. Y también suerte.

Dice el comandante en jefe de todas las tropas francesas en Bélgica y Holanda, general Dumouriez, que Maastricht caerá antes del tercer cañonazo y yo creo que el optimismo tiene un límite, que en este caso se ha sobrepasado. Se lo he comunicado por escrito argumentando razones en contra, aunque estoy presto para cumplir las órdenes porque la disciplina es lo más importante en un militar.

¡Quién me lo iba a decir: luchando contra los ejércitos de Prusia, yo, que he sido su mayor admirador, que he visto desfilar en Berlín al rey Federico II frente a sus tropas, soberbio sobre su caballo blanco, y he aplaudido la parada hasta enrojecer las manos! Hace unos pocos años —creo que algo más de siete— me encontraba allí en amable conversación con el duque de Brünswick y ahora lo tengo enfrente, de enemigo, comandando las tropas prusianas que tutelan esta región. Jeringas, qué vueltas da la vida y cómo estoy sudando de frío, de excesivo frío, de crudeza.

—Ciudadano general Miranda —ha respondido un teniente artillero a la última perorata—, con usía siempre hasta la victoria.

—Hasta la victoria —he contestado sacudiéndome la escaracha de nieve que tenía en las hombreras del carric—. Cada uno a sus puestos y obedezcan las órdenes. Hasta la victoria, ciudadanos. El día de la libertad para los pueblos de Europa está cercano.

Luego he sacado la flauta para tocar algo del maestro Boccherini, a mi albedrío. La música también tiene su papel en las guerras. A los soldados les da ánimos. A mí me vigoriza y calma la impaciencia.

dos, La Carraca, Cádiz 1816

14 —*Q*ue viva, viva mi patria —porfía Francisco de Miranda cada mañana de aquella primavera lluviosa del dieciséis sentado en el catre de la ergástula para hinchar el ánimo porque, aunque no se lo parezca, va de canilla.

Marchan para tres los años que lleva cautivo en esta cárcel gaditana de tanta nombradía constitucional, sin acusación formal ni cargos específicos, y no por ello le baja la estima ni mengua el ánimo, ya que ha hecho de su estancia en la prisión una cuestión de fe y, más temprano que tarde —al menos eso cree—, saldrá de La Carraca para regresar a Caracas y rematar el tute, que lo tiene en un sin vivir. Son ya cuarenta y cinco años recorriendo mundo consagrado a ilustrarse, primero, y a apuntalar apoyos, segundo, para lograr que la gran Colombia, las Indias, la patria, sea un territorio libre de las ataduras que lo unen a la metrópoli, que España sea España y los pueblos de América lo que ellos libremente designen, cada uno en su lugar y continente, como ha sucedido ya con la región norte de aquel hemisferio. Esta brega sin descanso a la búsqueda de la independencia ha ido conformando un carácter bagual para sus detractores y tenaz para sus acólitos —que Miranda los tiene pero en menor medida de lo que hubiese preferido— que de poco le va a servir en lo que le resta de vida. Que puede ser poca en La Carraca.

A sus casi sesenta y seis años este viajero ilustrado, inte-

grante de la masonería con el grado de maestro, militar de profesión (será recordado por sus paisanos años después de muerto como El Precursor; el hombre, el adelantado que patentó la idea de la independencia de los pueblos americanos), teniente coronel del Ejército español, generalísimo de las fuerzas de tierra y mar en la Venezuela insurgente, coronel de Coraceros en San Petersburgo, Rusia, mariscal de campo, general y teniente general con las tropas revolucionarias francesas que tomaron Amberes, Bélgica, y cercaron Maastricht, Holanda, culto como muy pocos americanos de su quinta, políglota, escritor, bibliófilo a machamartillo, impulsor y mecenas del chicorrotín Simón Bolívar, está preso en el fortín militar de La Carraca —sito por donde la isleta de San Fernando, Cádiz, y conocido como de las Cuatro Torres—, bajo la difusa imputación de conspirar contra la metrópoli, aunque realmente sea el cerebro del levantamiento por la emancipación que borbullea en América.

Ahora, en La Carraca, Miranda consagra sus afanes en volver a ser libre, escapar de las rejas, para huir a Inglaterra y regresar a Caracas, que es donde se encuentra el meollo de la rebelión americana y donde él quisiera estar ya mismo, aunque los dolores de cabeza y las fiebres lo consuman muy a menudo y parezca un estafermo. Le pesan los males de salud, pero sobre todo que fuera su coterráneo Bolívar quien lo entregara a las tropas españolas, al enemigo, de manera artera, con malas artes; nada menos que el felón Bolívar, el alumno más aventajado en la fatiga libertadora.

La América hispana, que sigue siendo España administrativamente aunque sus nativos cada día lo noten menos, está en la efervescencia de los ideales que fabricaron la Revolución francesa y se mira en el espejo de los Estados Unidos del norte, ya emancipados de la horma que tenían con Inglaterra, y los que van a ser sus libertadores, Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O'Higgins, entre otros, están en un empeño que la población local no entiende ni asume en ocasiones pero que a ellos les alimenta porque quieren vivir libres de tutelas y de malos gobiernos, independientes con libertad para regirse según les parezca. Simón Bolívar lo ha dicho a cureña rasa:

—Nuestro ideal son los Estados Unidos de América del Sur,

la gran confederación de los pueblos del hemisferio austral que han sido España y que ahora serán libres porque es ésa su condición natural, y no otra.

16 Pero mientras llega esa hora buena Francisco de Miranda, a sus sesenta y cinco años, está preso en Cádiz en las instalaciones militares que los Borbones, Felipe V a la cabeza, pusieron en marcha merced al impulso de dos prohombres, de dos hostigados por la España inquisitorial y cainita: José Patiño Rosales, milanés, que en vida lograra el mayor poder político del reino al acumular las secretarías de Estado y de Guerra, y el físico y marino Jorge Juan y Santacilia, el primer espía industrial al servicio de Su Majestad católica en la Corte de Londres. Sin fuerza naval suficiente siquiera para proteger las naves que entraban y salían de los virreinos y capitanías generales de América, el Imperio español también lo es de pacotilla en la mar, y aunque las arcas de la corona están descangayadas, existe un debate entre las inteligencias de la Corte sobre la urgencia en dotar a la marina de barcos de guerra suficientes para navegar con decoro y solvencia entre las orillas atlánticas (apenas setenta en los años veinte del siglo XVIII, y uno solo, *El Catalán*, con setenta cañones; de ahí todos van para abajo, hasta el *Maracaybo*, que con sus doce piezas es el de menor dotación y está fondeado en La Habana) y su método de construcción, ya que el asunto es una cuestión de Estado y como tal ha de resolverse.

El propósito del nuevo impulso es sustituir los usos y maneras de bastir a la francesa que impulsara Antonio de Gaztañeta e Iturrizalza —guipuzcoano de Motrico como Cosme Damián de Churruca y Elorza, y conocedor como pocos de las artes navales— por el sistema inglés que Jorge Juan y Santacilia ha remirado de manera subrepticia en astilleros británicos durante sus viajes a Londres como echadizo de la Corona, y que el propio Zenón de Somodevilla y Bengoechea, marqués de la Ensenada y presidente del Consejo de Castilla, otro perseguido y desterrado, quiere impulsar. La cuestión es que aquello que propone Jorge Juan requiere mayor inversión pero proporciona menor tiempo en la construcción, y el sistema tradicional es más asequible económicamente aunque a la larga más costoso.

Con este debate sobre la mesa comienza a edificarse el nuevo complejo militar de La Carraca en terrenos fangosos, seguramente sedimentos de las mareas, en la isla de León, por San Fernando, Cádiz, que será el símbolo por excelencia del intento de Felipe V para dotar a la marina de guerra de medios y, al paso, promover una industria, las reales fábricas, que proporcionen lo que la empresa naval requiere: desde astilleros, lonas y jarcias, materias primas como madera y cáñamos, hasta manufacturas tal son los herrajes, anclas y artillería. Y en el mismo recado, impulsar la mano de obra en una zona que es punto de conexión con las posesiones americanas y un embrión de centro de negocios, como hace años ha vislumbrado un ilustrado y hacendista, Juan de Goyeneche y Gastón, natural de Arizcun, Navarra, y creador de la *Gaceta de Madrid*, que desde 1697 tiene un asiento en Puerto Real para la provisión de mástiles, tablazón, pez, brea y alquitrán para los buques de la Armada, siempre asociado con otros vecinos del valle de Baztán: Vidarte, Iturralde, o sus propios familiares más directos.

Apoyando los ojos en el futuro, La Carraca fue diseñado como complejo castrense en todos sus órdenes y es una ciudad en miniatura, ya que tiene obradores para estopa y la elaboración de tejidos, diques, astilleros, iglesia, hospital, botica, cuarteles, fábricas de jarcia, varaderos, almacenes, todo lo que un complejo militar naval requiere. Avanza en su construcción desde la segunda década del siglo XVIII —durante casi sesenta años— movida por la musculatura de una mano de obra singular: presidiarios y esclavos que viven, malviven y mueren en la isleta sin otra perspectiva que ver finiquitada la obra y quizás, al final de tanta desgracia, acabar siendo libres (y achacosos, que de eso no se libra casi ninguno a causa de las condiciones penosas del trabajo).

La obra es gravosa en dineros y jornadas porque, junto a otras razones de índole presupuestaria, parece que Jorge Juan no evaluó en su justa medida la condición fangosa de los terrenos, propiamente marisma, y ello da ocasión a retrasos y muchos más gastos de los que se habían previsto inicialmente. Incluso la naturaleza trabajó en ocasiones contra el arsenal y durante el día de Todos los Santos del año de gracia de 1755, cuando un terremoto destruyó la ciudad de Lisboa, Portugal, la misma onda

sísmica produjo un movimiento en la mar de proporciones tan gigantescas que las olas pasaban por encima del arrecife que unía Cádiz con la isla de León, en donde las aguas, los vientos y los movimientos telúricos dejaron maltrechas obras acabadas y otras que estaban en desarrollo. El susto fue de tal calibre, más por lo que pudiera haber pasado que por lo que en realidad fue, que desde esa fecha la marina gaditana hizo voto solemne de celebrar religiosamente en una embarcación costera la bendición de las aguas, a hisopazos de obispo con oropeles de Poseidón apoyado en su báculo, y así continúa hasta la fecha.

18 Con todo, desde entonces existía cierto malestar entre la legión de desheredados de la fortuna que la construyen a golpe de riñonada y un 29 de marzo de 1763 hay un conato de rebelión que sitúa negro sobre blanco un problema que todos los mandos intuyen y ninguno se ha puesto a atajar: es necesario que en La Carraca exista un correccional, una suerte de prisión, porque la fuerza bruta se acerca al millar en ocasiones y un disturbio organizado puede ocasionar un problema de proporciones que nadie alcanza a imaginar, porque aquello es un arsenal militar de primera magnitud, se tenga presente o no. Para dirimir esta materia a finales de ese mismo año, 1763, se inicia la edificación de un cuartel para desterrados —así se denomina la obra en sus planos originales— mientras se prepara al unísono un proyecto nuevo para construir los diques de carenar en seco que nunca verá la luz.

El diseño del nuevo penal, una edificación de dos plantas de cincuenta por cincuenta metros con patio interior jalonado por veinte arcos de medio punto, que llaman de las Cuatro Torres por sus formas arquitectónicas que coronan los puntos cardinales, fue supervisado por Jorge Juan, el cual, escarmentado por los problemas anteriores habidos con el terreno, propuso que se cimentara con más profundidad y se reforzaran los soportes ya que el nuevo edificio, en su máxima capacidad, estaba pensado para albergar a más de medio millar de reclusos, una cifra muy considerable para una obra de piedra y cuatro torreones mucho más parecida a un alcázar que a cualquier otra cosa.

Allí, en una de las torretas que se apoyan en los techos de la segunda planta, sobre la azotea, y a la que no se puede acceder desde el interior sino mediante una escalera externa, con dos ventanucos que vigilan el Levante y casi el Poniente, está preso desde enero de 1814 el prócer Sebastián Francisco Párbulo de Miranda Rodríguez, hijo del canario Sebastián de Miranda Ravelo y la criolla Francisca Antonia Rodríguez Espinosa, el primero de los diez que tuvieron. Es un presidiario que desconoce los cargos que se le imputan porque no existe más acusación que la de ser culpado verbalmente —nunca ante la justicia— de traición al Estado, reo de Estado, sin mayores precisión ni alcance, aunque a las autoridades españolas la cuestión de procedimiento les trae al paio del viento del Estrecho porque quieren a Miranda muy lejos de América, entre rejas, sin papel ni tinta (eso sí que es matarlo en vida), hasta que se pudra y puedan asentarlo bajo tierra; mejor hoy que mañana o pasado. Que se pudra, reviente y fenezca.

Ya se lo dijeron a Cayetano Valdés y Flores, capitán general de Cádiz, desde la Secretaría de Estado:

—En la cárcel hasta que hinque el pico, que ya no queda mucho.

Miranda, que ha leído en sus años de residencia en Londres tanto la *Disertación histórica y geográfica sobre el meridiano de demarcación entre los dominios de España y Portugal* —escrito por los caballeros del punto fijo: Jorge Juan y Antonio de Ulloa— en castellano, edición de 1749, como las *Mémoires philosophiques, historiques, physiques, concernant la découverte de l'Amérique*, de Ulloa, en su edición francesa de 1787, tiene en alta estima a estos dos marinos y militares porque, además, conoce la existencia de un manuscrito redactado por ellos para su entrega al marqués de la Ensenada —que político, impresor o librero alguno en España, a la fecha, puede o se atreve a publicar, aunque circulan varias copias por Madrid— en el que ponen de manifiesto a través de un memorando reservado la extrema situación de dejadez que viven los pueblos americanos sometidos a la corona española, la enorme incompetencia y corrupción de buena parte de los altos funcionarios que gobiernan aquellas tierras, la indefensión militar de algunas de sus mejores plazas y el germen de una situación de in-

conformidad con la marcha de las cosas que puede dar origen a una sublevación popular, como ya lo han manifestado quienes tienen un par de dedos de sesos en la frente y han visitado aquellas tierras: el brigadier de la Armada y circunnavegante Alejandro Malaspina, sin ir más lejos, que ha poco, siete años, ha muerto de asco en Italia tras pasar en cárceles españolas varios años por haber echado un pulso político a Manuel Godoy y Álvarez de Faria, Príncipe de la Paz, duque de la Alcudia y unos cuantos títulos nobiliarios más, álder ego de Carlos IV y tierno mantenedor del concubinato con la desdentada reina Maria Luisa de Parma, según creencia arraigada de la canalla madrileña.

El caraqueño conoce estos antecedentes pero ignora que ha sido precisamente Jorge Juan y Santacilia quien ha supervisado y dirigido personalmente la construcción de la fortaleza penal de las Cuatro Torres, en La Carraca, porque es materia de discusión diaria la extrema humedad que dispensa el edificio a sus moradores, incluso a los que, como Miranda, están en la parte alta, con un par de luceras a media altura, orientadas una a la marisma y la otra a la bahía.

—Se muere uno de tanto vaho condensado —le dice a su ayudante, criado, consejero, incluso amigo, el fiel Pedro José Morán, un joven soldado gaditano que no ha llegado a la treintena, que el propio capitán general Valdés le puso como ayudante, o sombra, durante lo que le resta de vida en San Fernando y que, a fuer de contacto, es ya casi su cómplice.

—¿Cómo es posible que siendo usted nativo de junto a la mar sienta ahora tanto la humedad de esta isleta? —pregunta Morán extrañado por la insistencia con la que el militar refiere ese problema.

—Mi querido Pedro José, hay dos cuestiones que uno no puede superar por más que se empeñe: los años que cumple y la aversión a caer enfermo. A mí, creo, me están sucediendo las dos cosas en concordancia y nada puedo hacer para evitarlo. Máxime cuando me encuentro entre estas cuatro paredes que supuran agua todo el año y no logro evadirme de las calenturas que me persiguen desde que llegué forzosamente a Cádiz. Por cierto, Pedro José: ¿tienes novedades de Londres?

—Ninguna, señor.

—¿Lograste enviar el último recado a Gibraltar para el hijo del señor Turnbull?

—Está despachado por el mismo procedimiento que otras veces y supongo que obra en poder de su destinatario.

—Carajo, Pedro José: ¿crees que alguna vez lograré salir de este infierno?

—Eso ya no lo sé, señor. A mí me han encargado ayudarle mientras permanezca recluido y habrá podido comprobar que he excedido en mucho lo que de mí se espera en esta prisión, con riesgo, incluso, de mi propia integridad. Si usted ha de evadirse, hágalo por su pie. No quiero que en la Marina española alguien pueda acusarme de haber sido su cómplice. Haré de correo, que ya es bastante en mi situación. Nunca otra cosa.

—Entiendo, entiendo —comenta Miranda pesante—. ¿Sabes qué es lo que echo más en falta, a más de mi libertad?

—Supongo que a su familia.

—Además de eso, que se presupone y no es necesario hacer mayores comentarios ni otras precisiones.

—No lo sé.

—Los libros, mi biblioteca, que son lectura de toda una vida. Aquí ni me facilitan obras en condiciones ni me dejan escribir como quisiera. Es una doble condena y una triple muerte. Aunque espero salir con bien de esta aventura, como siempre fue a lo largo de mi vida. Estoy fabricando un calabrote para unir a un cabo y descolgarme por la fachada...

—No me comprometa, señor don Francisco. Sabe vuesa merced que hay cosas en las que no puedo ayudar y que es ocioso insistir.

—Es un bromazo, Pedro José. ¿Acaso no ves que no disfruto de más pertenencia, de más compañía que la de tu propia persona? No pierdas la paciencia conmigo. Es un favor que te demando y que debes cumplir, siquiera para no aumentar la soledad de este emprendedor perseverante que ahora te habla. Además, es un deseo de viejo que has de obedecer.

La consulta queda en silencio. Miranda se demuele en el catre porque comienza a anochecer y la fiebre abotarga su cerebro, y el fámulo vuelve por donde solía. Estamos en marzo

de 1816, recién llegada la primavera, y los vientos de poniente silban por los escondrijos de las piedras externas de la cárcel levantando los caliches que la lluvia deja cada año, en especial los inviernos que chapalean los levantes. Piensa el generalísimo en la humedad y de forma paradójica en la falta de agua de boca que sufre a menudo la isleta, y por ende el casón con cuatro torres donde ahora está preso, porque en esa circunstancia se encuentra desde que su compatriota Simón Bolívar, que va a pasar a la gloria de la historia americana como El Libertador, lo entregara con despecho a los realistas españoles so capa de acusaciones fútiles que todavía a fecha de hoy le producen sonrojo por su huera inconsistencia, y eso fue un 31 de julio de 1812 en La Guaira, a sotavento de Caracas.

22 Va para cuatro años y ha conocido otros tantos calabozos: la cripta de La Guaira y la bóveda del castillo de San Felipe en Puerto Cabello, ambos en Venezuela; los bajos de las casamatas del castillo de San Felipe del Morro, en San Juan, Puerto Rico; y su residencia actual de La Carraca, acaso la más holgada de dimensiones ya que son, fácilmente, ochenta metros cuadrados para su sola persona. En ese tiempo gaditano —más de dos años— apenas ha escrito, subrepticamente, un puñado de cartas pidiendo ayuda a sus amigos en Londres y no ha tenido oportunidad de proseguir con el diario de su vida que inició en 1771, cuando viajó desde La Guaira, a siete leguas de la capital venezolana, hasta Cádiz para integrarse en el Ejército español comprando —porque no tuvo otra— una patente de capitán en Madrid a los dos años de llegar.

La escritura, para Miranda, como la lectura, es fuente de la vida y en ambos afanes se ha dejado buena parte de su existencia, como lo prueba el hecho de que su archivo, que está en Londres a recaudo de los instigadores españoles, lo componen sesenta y tres tomos encuadernados, tamaño infolio, en plena piel canela con siete nervios, tres tejuelos, hierros dorados en rombo al lomo, que ha titulado «Colombeia», la gran Colombia, el continente que descubrió Colón para Occidente a finales del siglo xv. Es la historia de lo que le ha tocado vivir y está encuadernada para su mejor mantenimiento y consulta porque sabe el general que los escritos y los libros, si han de sobrevivir

a su propietario y conservarse como merecen, deben estar encuadernados.

—Los ingleses, en este arte —se refiere al de encuadernar—, ahora mismo son de los mejores —ha opinado.

Guarda Miranda en su «Colombeia» casi quince mil folios mayormente manuscritos —con una caligrafía que enamora por la perfección, enlazado a recortes de asuntos que consideraba de interés, correspondencia propia y ajena, facturas, documentos y papeles de todo tipo— donde ha apuntado la reseña de casi todos sus viajes por el mundo, juicio de algunas de las muchas mujeres con las que yació, las negociaciones que ha llevado a cabo en su lucha inmutable por conseguir apoyos para liberar la patria y un diario relativo a la Revolución francesa, que vivió y padeció en sus carnes, pues no en vano estuvo a punto de convertirse en usuario final de la guillotina y salvó la cabeza por los pelos, si así puede decirse porque a su edad no necesita adornarse con peluca de ninguna clase, como otros de su quinta, ya que conserva casi intacta su mata de cabello, ahora más gris y blanca aunque igual de robusta.

Junto a esa pléyade de escritos está su biblioteca, unos seis mil volúmenes que ha ido adquiriendo, no se sabe bien con qué fondos, desde que en Caracas abriera las compuertas de su inteligencia a los clásicos grecolatinos, y luego a Diderot, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Cervantes, Quevedo, Feijoo, el padre Isla, y casi todos los que habían puesto por escrito no sólo la mejor literatura de ficción sino lo más avanzado del pensamiento de aquellos tiempos. Por su afición a la lectura y la posesión de ejemplares que no son del agrado de los caletres más abyectos, también lo ha perseguido el santo oficio de la Inquisición —como al marino Malaspina— afortunadamente para él sin éxito pero con mucho incordio y desasosiego.

De todo ello se queja silente y trata de conseguir, mediante los escritos que pretende hacer llegar a Londres, ayuda entre sus hermanos de la logia masónica de los caballeros racionales, conocida también como La Gran Reunión Americana, que él mismo fundara, probablemente en esa ciudad, a finales del siglo XVIII. En el ocaso de la vida Francisco de Miranda pide a sus amigos londinenses apoyo, ayuda económica, para escapar del

presidio gaditano de las Cuatro Torres, donde sufre el peor aislamiento que pudiera imaginar, el intelectual, porque el caraqueño rebelde es frangible en ese punto, y con ello cuentan sus carceleros en Madrid.

—En la cárcel hasta que se muera, que ya no queda mucho —le ordenaron sobre Miranda al capitán general de Cádiz, Cayetano Valdés y Flores, hombre de patillas severas, pretérito integrante de la expedición científica de Alejandro Malaspina como teniente de navío en la corbeta *Descubierta*, todavía sin recuperar al completo de las heridas sufridas en las extremidades durante la batalla de Trafalgar contra el que denominan infame inglés, de tan penosos resultados para la flota y las aspiraciones españolas en la mar.

24 Para Valdés el recluso Miranda fue un dolor de muelas muy serio porque no quería agudizar su falta de libertad con otras medidas que le sugirieron desde Madrid, quizá porque el capitán general barruntaba que su propia vida acabaría siendo un proyecto de calidoscopio: será condenado a muerte en la primavera de 1814 tras la vuelta a España de Fernando VII, abandonará Cádiz para refugiarse en Gibraltar y desde allí llegará a Londres, donde sufrirá el exilio para evitar ser pasado por las bayonetas. Como ahora lo padece el americano.

Miranda se tumba en el catre con la chupa, el calzón y las medias encima porque la temperatura primaveral no invita a cosa diferente y la fiebre, todavía tenue, lo encoje en la sisa y sus fruncidos. Mirando al techo le llegan a la memoria del recuerdo las imágenes del día en el que salió por vez primera de La Guaira para desembarcar en Cádiz, en 1771, y de la peripezia por conseguir los documentos oficiales que necesitaba para la partida. Salió de Caracas aburrido por la desidia, el despecho, cuando no desprecio, que la oligarquía mantuana demostró contra su padre, don Sebastián de Miranda y Ravelo, canario de Orotava emigrado al Caribe, a quien no consentían bajo ningún concepto que utilizara los privilegios de su rango: vestir el uniforme de capitán de milicias correspondiente al Batallón de Blancos de Caracas, sexta Compañía de Fusileros, y usar el bastón de mando cuando paseaba por la calle. Decían que no tenía méritos para ello y no había probado la pureza de su linaje; era un comerciante español de Europa con dinero,

especializado en lienzos, pero sin abolengo. Al menos, así lo creían sus detractores.

El vilipendio llegó a tales cotas que don Sebastián recurrió al rey, Carlos III, quien en septiembre de 1770 envió un decreto al Cabildo de Caracas aclarando que tanto los españoles como los criollos podían desempeñar cargos en igualdad de condiciones, sin privilegios de unos sobre otros. Dictaba la Real Cédula sobre Competencia de Empleos:

Impongo perpetuo silencio sobre la indagación de su calidad y origen y apercibo con privación de empleo y otras severas penas a cualquier militar e individuo del Ayuntamiento de la ciudad de Caracas que por escrito o de palabra no le traten en los mismos términos que acostumbraban anteriormente y le motejen sobre el asunto. Por tanto ordeno y mando a mi Gobernador y Capitán General de la expresada provincia de Venezuela, ampare en mi Real nombre al citado don Sebastián de Miranda en el goce de las citadas preeminencias militares, sin permitir que se le moleste por ningún juez ni justicias por el uso del bastón y uniforme, por ser ésa mi voluntad. En san Ildefonso a...

25

La sanción real dejó así zanjada la cuestión, pero Francisco de Miranda comenzó a sentir la asfixia que produce la incomprensión de aquellos que mandan y lo hacen en virtud de su cargo y a cargo de su real ignorancia porque, bolonios, se creen superiores.

Tres meses tardó el joven Miranda en planificar su salida de la capital venezolana y menos de treinta días en conseguir una licencia para abandonar Caracas, y un 25 de enero de 1771 embarcó en la fragata sueca *Prince Frederik* rumbo a San Juan de Puerto Rico, primero, y a Cádiz, después. Hizo el viaje con un pasaje reducido: un cirujano guipuzcoano, un capitán vizcaíno, un capitán de ingenieros madrileño y el hijo pequeño de José Solano, capitán general de Venezuela, que llamaban Pepe, un niño de ocho años, sin mayores respingos que contemplar cómo un marinero sueco que murió a los treinta días de zarpar fue arrojado a la mar «con todas las solemnidades de su secta. Sin más novedad», según reseñó en su diario. Treinta y cinco días más tarde pisó la dársena de San Fernando y su vida que-

dó involuntariamente unida a la de esta ciudad, que le abrió la puerta a recorrer el mundo y fue su cárcel y sepultura al final de los días.

En el catre, estirando una rala manta marrón enmohecida y costrosa, Miranda recuerda ahora fragmentos de su vida y pide a Dios, desde su fe heterodoxa de católico que no congenia con la jerarquía de una Iglesia más preocupada por el poder, el incienso y la liturgia que por la formación humanista de sus feligreses, que le conceda la suerte de volver a la gran Colombia y ver la patria emancipada, independiente, sin ataduras que la envaren.

—Que quede libre de las calenturas y la fiebre y que regrese a Caracas —exhorta recostado en el catre carcelario, mirando al firmamento de telarañas que moldean el techo de la celda—. De lo contrario que me busquen un caramelo de los que fabricaba el doctor Cabanis y que me traigan la flauta... Ay, la muerte me espanta...

26 Desde las alturas del cielo nadie contesta pero una tromba de agua, truenos, rayos y relámpagos hace que trepiden los muros del presidio y por lo alto de la ergástula, en la claraboya que da a sotavento, principian a colarse cordoncillos de lluvia proterva que lo encogen, todavía más, a las mantas. Si comienzan las toses sabe Miranda que esa noche, como muchas otras antes en la negritud de la celda, habrá de pasarla en blanco porque la expectoración a su edad y con sus defensas es muy pertinaz, y tampoco le ofrecen remedio médico alguno en la prisión. A pesar de todo él sueña despierto que se fuga de Cádiz descolgándose de su celda con un calabrote, alcanza Gibraltar por las aguas del Estrecho, llega de nuevo a Londres y se embarca para Caracas, la América, la patria, porque su imaginación nunca dormita ni tiene descanso; quizá sea la utopía del delirio que padece.

—Que viva, viva mi patria —repite antes de entornar los ojos y abandonarse de nuevo, y por vez enésima, al trabajo onírico que tan ocupado lo tiene desde que forzosamente llegó a La Carraca.

tres, Caracas, La Guaira, Cádiz

Escribió George Louis Leclerc, conde de Buffon, bienquisto por su obra *Historia natural, general y particular*, compendio de los conocimientos sobre la naturaleza hasta el siglo xviii y que Francisco de Miranda ha leído en una edición francesa de veintinueve volúmenes, que el problema primordial de lo que se conocía como Nuevo Mundo era que sus tierras habían permanecido bajo las aguas más espacio que las de Occidente durante la noche de los tiempos, y de ahí venían los inconvenientes porque sus naturales estaban, todavía en esa centuria, en la infancia de la civilización respecto de la edad adulta de Europa. Dicho de otra forma menos académica: el nativo americano vivía, en lo que concierne a inteligencia, varios niveles por debajo del europeo, el más ilustrado hasta la fecha en la que el conde de Buffon se puso a escribir su historia natural, de la que el polifacético François Marie Arouet, designado a sí mismo como Voltaire, decía que podía ser historia, pero no tan natural. Francisco de Miranda era de opinión similar y constataba muy a menudo que el hecho de haber nacido a uno u otro lado del océano, tener este o aquel pigmento en la piel, no era motivo suficiente para cuestionar la inteligencia de persona alguna —si la tuviese— porque ignorantes los hay en todas las partes del mundo con independencia de la procedencia o la coloración de su tez, la estatura, el tamaño de las orejas o el volumen de su cabeza.

—El origen no determina casi nada. Lo que influye es el estudio y la lectura, el deseo de saber. Lo demás son jerigonzas —refería Miranda cuando el argumento salía a colación en las tertulias londinenses donde conspiraba de lo lindo.

28 Siete eran las clases sociales que en la colonia venezolana, con algo más de ochocientas mil almas, existían a finales del siglo XVIII según estimación del naturalista, viajero e ilustrado alemán Friedrich Heinrich Alexander von Humboldt: los españoles nacidos en Europa, los criollos (españoles naturales de América), los mestizos (cruce de blanco e indio), los mulatos (hijos de blanco y negro), los zambos (cruce de indio y negro), los indios y los negros. Luego venían los mezclados: zambos prietos (hijos de negro y zambo), cuarterones (mezcla de blanco y mulato), quinterones (descendiente de blanco y cuarterón) y, por último, el «salto atrás», que era una categoría en el limbo con la que se denominaba a aquellos hijos que eran más morenos que la madre que los parió. Francisco de Miranda era blanco a secas, pero el hecho de que su padre fuese un comerciante de posibles no integrado en ninguna oligarquía local hacía que éste estuviera considerado por los criollos que dominaban administrativamente la Capitanía General de Venezuela como un español, pero español de mierda, de los que había que situar en el lugar social que le correspondía, o sea, extramuros del poder y a ser posible fuera de la ciudad, de la Capitanía o del Continente. Esta incompreensión pacata y ratonera no impedía que Sebastián de Miranda fuera incrementando su patrimonio con negocios ultramarinos (quejándose muy a menudo ante las autoridades del monopolio excesivo que, en su opinión de comerciante, disfrutaba la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas) hasta el punto de que, aburrido por el vacío que soportaba entre muchos de sus conciudadanos, pidiera ayuda al rey para clarificar su posición y adoptara poco tiempo después la medida de sacar a su primer hijo de aquel ambiente que tan poco cultivaba la inteligencia.

En el tiempo que don Sebastián estimó que su hijo tenía conocimiento suficiente de las materias más importantes que se impartían en la Real y Pontificia Universidad de Caracas (latín, griego, derecho, filosofía, música, entre otras), reconfortado por la real cédula que las autoridades de Caracas habían recibi-

do de Carlos III para que ni le molestaran con su alcurnia ni le persiguieran por usar bastón de mando, atendió por fin los requerimientos que Francisco de Miranda estaba haciendo durante el último año, 1770, cuando ya había cumplido los veinte, para ir a la península y ser militar. Lo hizo con estas palabras:

—Marcharás a Madrid para hacer carrera en la milicia y espero que un día vuelvas para ser el capitán general de estas tierras o virrey de la Nueva Granada.

—Me interesa el arte militar, pero sobre todo conocer otras gentes, viajar y tomar contacto con los hombres de letras, con aquellos que han puesto su inteligencia y el saber al servicio de los demás.

—Te ayudaré hasta donde pueda, Pancho, que somos muchos de familia y todos con boca que alimentar. Cuenta con mi dinero los primeros treinta meses. Luego, apáñatelas como mejor puedas y recuerda que no has de cumplir lo que pregona el refrán: Aún no ensillamos, y ya cabalgamos.

—Descuide. Hace usted una buena inversión y confío en que no haya quejas.

—Así lo espero —finiquitó don Sebastián.

El primer viaje no fue de puerto venezolano alguno hasta España, aunque así pudiera parecer. No. El periplo más duro de su corta existencia, el primero, fue el que tuvo que hacer desde la casa paterna, en el centro de Caracas, hasta el puerto de La Guaira, que distaba poco más de siete leguas de la ciudad, algo menos de cuarenta kilómetros, cruzando el cerro del monte Ávila, a unos dos mil cien metros por encima del nivel del mar, sobre la cordillera que separa Caracas del Caribe. Desde la capital esta pequeña barrera que bordea el litoral forma un telón que impide ver la mar, a pesar de que las aguas están realmente a un tiro de piedra, al otro lado del frontón boscoso; la gran mayoría de los habitantes de la urbe morían entonces, en el siglo que habría de conocerse como de la Ilustración, sin haber visto las playas ni oteado las olas, en un contrasentido para quien vivía a un disparo de fusil de semejante piélagos.

Por esa circunstancia, y para cruzar la cordillera, don Sebastián de Miranda organizó una expedición con una docena larga de caballerizas acostumbradas al peso de los fardos y la

escalada, seis ayudantes, dos criados, el matalotaje e impedimenta de su hijo el viajero y comida para un día, pues ése era el tiempo que en ocasiones duraba el viaje entre la capital y el puerto de mar por el camino real de los españoles que llamaban, si es que las lluvias torrenciales no dificultaban el trayecto todavía más, como sucedía en innumerables ocasiones.

Salieron los Miranda de Caracas a lomos de mulo aprendido y llevaba en la mano Francisco una funda de cuero cilíndrica que protegía su flauta, donde había enroscado cuanto papel de tina pudo colar entre el instrumento y el odre, puesto que tenía la intención de comenzar a escribir sobre todo aquello que le llamara la atención y hacerlo así hasta el final de los días, en un memorial que reflejase su existencia. De los conocimientos que había adquirido en su paso por la universidad le quedaban muy vivas las lecturas de los clásicos grecolatinos, el derecho, las artes y la música, un deleite para los sentidos que ejercitaba con la flauta en momentos de melancolía, que los tenía muy a pesar de sus veinte años.

30

Durante la ascensión a la cumbre del Ávila, pesada como bien conocen los que por allí han transitado, don Sebastián hizo un repaso en alta voz de las normas de conducta que su hijo debía observar en la península, no fuera a suceder que le pasara como a él en Caracas, que por ser nacido al otro lado del Atlántico no era bien visto por algunos de sus conciudadanos.

—Tendría su miga que a mí me despreciaran en Caracas por haber nacido en Canarias y a ti en Madrid por ser criollo —decía cuando las caballerizas, sujetas de hocico a cola unos a otros con reata, escarpaban los vericuetos del monte camino de la cumbre, siempre enganchada de blanco por las nubes.

—Espero que no sea así, padre.

—Que sepas que es costumbre extendida entre algunos españoles de la otra orilla creer que casi todos los nacidos en América, en la Indias que llaman, son antropófagos, caníbales que se comen los unos junto a los otros.

—Va, exageraciones.

—Es que en esta leyenda, porque de leyenda hablamos y no de otra cuestión, hay una parte que es cierta. Antes de que

Colón arribara a esta parte del mundo los indios caribes, nativos de estas tierras, practicaban el canibalismo y lo hacían como si tal cosa. Era normal y aceptado. Hasta que llegaron los españoles y se mesaron la pelambreira por lo que veían y les contaban, horrorizados, sin duda. A partir de ahí el canibalismo fue echando el cerrojo porque no es ley de vida y no creo que a la fecha de hoy existan casos de antropófagos. Aunque nunca se sabe; quizás en las tribus que viven en lo profundo de la selva.

—Debió de ser un impacto fuerte, ¿no le parece, padre? Me refiero al que padecieron por semejante causa los primeros españoles que llegaron a estas tierras.

—Lo supongo porque venían de otro mundo, de otra civilización más avanzada. Ten bien presente que los primigenios exploradores que partieron de España vinieron aquí a la aventura, buscando tierras preciosas, incluso El Dorado, como Lope de Aguirre, de infausto recuerdo, por cierto.

—Dijeron un día en la universidad que la obra de España fue conquistar América y evangelizarla.

—Así debió ser, pero ¿sabes Pancho cuántos misioneros murieron y sus restos sirvieron de comida a los caribes? Muchos, muchísimos más de los que puedas imaginar.

—Por eso crearon las encomiendas, entre otras razones, tengo entendido. En cualquier caso, todas las leyendas y tradiciones locales se cuentan muy bien en un libro que leí en la universidad, la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, que escribió don José de Oviedo y Baños, alcalde que fue de Caracas. Su entusiasmo llega a semejante nivel que se atreve a decir de nuestra ciudad que es el paraíso terrenal, y el Anauco y los torrentes próximos los cuatro ríos del Edén.

—No sé si será para tanto.

—La otra cara de esta moneda ha sido leer una novelita de Miguel de Cervantes que se titula *El zeloso extremeño*, donde nos pone a escuadra.

—¿Por qué?

—Porque se refiere a las Indias, a nosotros, y asegura cosas que, a mi entender de estudiante, son terribles. Y muy falsas. Lo tengo bastante memorizado y dice, textualmente, que las

Indias son: «Refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala...».

—¿El qué?

—Pala, que equivale a decir ardid o subterfugio. Y recita más: «... pala y cubierta de los jugadores, a quien llaman ciertos los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos».

—Y todo eso sin haber estado nunca en la Indias.

—Cervantes no necesitaba ir a los lugares que refería para estimular su imaginación, padre. Tengo para mí que es el más grande en la literatura española de todos los tiempos, y de aquellos que todavía no han venido y están por hacerlo.

—No te digo que no, que no es que yo sea muy leído, que no, pero creo que exagera cuando describe estas tierras como las de promisión de los más descarriados. En mi humilde opinión creo que no es para tanto.

—Bueno —remató Francisco de Miranda—, a fin de cuentas es sólo una novela corta y como tal hay que tomarla.

32 —He visto que en los baúles llevas libros, papel, plumas y tinta.

—Voy a empezar a escribir tan pronto como embarque rumbo a España.

—Ay, hijo mío —arguyó don Sebastián contemplando las alturas del firmamento—, ten fortuna y líbrate de los mareos, que es lo peor de la navegación. De escribir ya te ocuparás en tierra firme.

—Es que son muchos días los que han de pasar hasta llegar a Cádiz.

—Por eso lo digo, Pancho, por eso mismo. Porque son muchos días y el mal de mar no se disipa de una jornada para otra. Tendrás tiempo para todo. Pero por su orden, ya lo verás.

Seguían en esa cháchara insulsa padre e hijo cuando, al cabo de horas de escalar el monte por veriles estrechos se percibió la cima, apelonada de nubes y con cierta llovizna, y una pequeña explanada desde la que, en lontananza, se avizoraba el mar Caribe en toda su amplitud aunque el ojo humano no pudiese percibirlo porque la bruma ocultaba buena parte del horizonte.

—He aquí el agua inmensa que nos separa de España

—dijo con cierta solemnidad don Sebastián al tiempo que iba colocando un pañuelo de hilo por su gollete, para protegerlo, puesto que la temperatura en la cima podía ser casi diez grados inferior que en la ciudad—. Nos queda lo peor, que es la escarpa maldita de la bajada que no acaba nunca.

—Creo, padre, que debo hacer un acto de crédito porque a fe mía que no diviso casi nada; sólo unas manchas azules entre las nubes y mucha bruma.

—La bruma viene de la mar. En cuanto comencemos a descender comprobarás que al otro lado de este muro está el Caribe. Y a muchas leguas de aquí, las Canarias, mi patria chica. Y más allá todavía, la península, Cádiz, que es donde acaba tu viaje. Pasarás casi un mes en la mar y quiera Dios que no te sorprendan las tempestades.

—Yo también lo espero.

La expedición de don Sebastián llegó al puerto de La Guaira con el tiempo justo para descargar los mulos y embarcar. El comerciante tenía dispuesto que el dinero que había previsto consignar para el viaje de su hijo Francisco transitara por tres conductos: una pequeña cantidad en metálico que transportaba el joven, un envío que había efectuado con tiempo a un mercader gaditano de nombre José de Añino a través de su corresponsal en Caracas y el cargamento de cacao, el oro marrón, que acompañaba en el barco a su hijo para ser vendido en España, en su mayor parte, tan pronto como llegara y hubiese liquidado el almojarifazgo.

No hubo tiempo para despedidas pomposas porque la nave hinchaba velas frente al soberbio edificio de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas para tomar el portante, y don Sebastián únicamente tuvo un momento para abrazar a su hijo como si no fuera a verlo el resto de sus días (como así sucedió efectivamente para desgracia de ambos).

Luego le dijo al oído:

—Que no tenga que arrepentirme de tus pasos en España y que Dios te bendiga, Pancho.

—Lo mismo para usted, padre.

—Regresa cuando hayas conseguido el propósito de este viaje, y hazlo con bien.

—Con Dios, padre.

Los movimientos de la fragata sueca sobre las aguas del Atlántico no hicieron mella en el ánimo de Francisco de Miranda ya que, tras pasar por San Juan de Puerto Rico, cinco días después comenzó la novela de su vida camino de la península iniciando un «Diario de navegación del puerto de La Guayra al de Cádiz» que habría de durar recopilando cartas, escribiendo impresiones, coleccionando recortes, describiendo viajes y otras muchas cosas más, casi los siguientes cuarenta años de su existencia, porque el venezolano vivió en ese tiempo pegado a los folios en papel de trapo que iba comprando, a la tinta y a los tajos de las plumas que fue consumiendo. La meticulosidad con la que iba escribiendo y organizando sus notas, y todos aquellos documentos que le parecían de interés, hizo desde el comienzo de su llegada a España que hubiera de viajar con un surtido de baúles llenos de papeles y de libros, algo muy impropio de su edad.

34

Arribó Miranda a Cádiz en marzo de 1771 cuando casi lo hacía al mismo tiempo a Zaragoza el pintor Francisco de Goya desde Italia, a donde fue para respirar y conocer mundo, y de donde regresó con un premio segundón de la Real Academia de Parma (la capital del ducado donde había nacido doña María Luisa Teresa de Borbón, esposa que sería de Carlos IV) por un cuadro que representaba a Aníbal contemplando por vez primera los Alpes. Vivía España al comienzo de la década de 1770 unas añadas de ausencia de guerras, tras haber batallado contra la Gran Bretaña durante siete años, en un despotismo ilustrado, decían, y con el alejamiento de los integrantes de la Compañía de Jesús, los jesuitas, que habían sido expulsados de la península cuatro años antes («Hé venido en mandar se estrañen de todos mis Dominios de España, é Indias, Islas Filipinas, y demás adyacentes...»), ordenaba el real decreto de Carlos III, duque de Parma y Plasencia, rey también de Nápoles y Sicilia) por motivos de Estado que no podían ponerse por escrito para el conocimiento del común de los mortales, y cuyas repercusiones en el desmoronamiento del imperio español de ultramar ni el monarca ni su sucesor en el trono habrían de valorar en suficiente medida. Se había quitado Pedro Pablo de Abarca Bolea de Ximénez, conde de Aranda, uno de los impulsores de

la orden real, un dolor de cabeza echando a los jesuitas de España, pero se ganó un grano purulento en el mismísimo centro del ano porque los acólitos de Ignacio de Loyola —el grupo intelectual de más nivel por aquellos años— puestos a maquinarse no tenían parangón, estuvieran donde estuviesen, y en la América española lo iban a demostrar con el paso de los años.

Lo primero que Miranda hizo en Cádiz fue recibir de manos de José de Añino dos mil pesos que su padre le había adelantado, puesto que los primeros días en la costa andaluza estuvo viviendo en casa del mercader y en una posada. Pero en España hacía frío, padecía Miranda acordándose de la eterna primavera templada de su ciudad, y con el dinero que su casero le entregó decidió vestirse con ropajes de la península, y así se ventiló 462 pesos en paño de primera color moldoré para un vestido, 288 en cuatro varas de paño azul para una capa, 215 para una trencilla de oro, 108 en un sombrero de copa alto, 88 en un paraguas de seda y otros tantos en cuatro pares de zapatos de tacón rebajado (el caraqueño era alto de por sí y no necesitaba calces de ningún estilo), 64 en medias, 10 en una redcilla para el cabello, muy en boga por aquella época, y unos cuantas monedas más en pañuelos y quitasoles, hasta completar los 2.026 pesos. Gastando el dinero que su padre le había consignado y que el comerciante andaluz administró, recorriendo la ciudad y sus mesones, estuvo Francisco casi un mes porque quería tomar el pulso a España antes de desplazarse hasta Madrid, que era la estación término del viaje.

Se pasmaba Miranda del parlotear de los gaditanos porque en multitud de ocasiones no lograba entender a qué se referían cuando conversaban, ni los giros o palabras propias que expresaban en sus hablars. Así se lo dijo a José de Añino una noche después de la cena, haciendo un aparte:

—Pareciera que hablásemos un mismo idioma con distinto lenguaje.

—A mí me parece lo mismo cuando escucho tus palabras.

—¿Es igual en toda España?

—¡Qué va...! Cuando llegues a Madrid escucharás el auténtico castellano.

Luego se fue por derecho al meollo de lo que quería traer a cuento.

—Dígame, don José: ¿dónde están las mujeres españolas?

—En sus casas, dónde quieres que estén.

—Se las ve poco por las calles. En Caracas eso era diferente.

—¿Te gustan las mujeres españolas?

—Las mujeres me gustan con locura, todas. Sean españolas de este lado o del otro del Atlántico, porque son todas de la misma patria. ¿O no?

—Sí, sí, claro que sí. Eso no está en duda.

—Por eso digo: ¿dónde están?

—Seamos claros, Francisco: quieres conocer mujer, y antes que tarde.

—Algo de eso, don José. Uno no es de piedra.

Miranda sonrió.

—Con lo joven que eres...

—Precisamente por eso.

—Ya te daré pistas. Y que nadie lo sepa. Con jesuitas o sin ellos, éste es un país muy católico y de los temas relacionados con las artes amatorias conviene no hablar, al menos en público. La moral debe reservarse para las apariencias y las buenas obras; nunca, en mi modesta opinión, para frenar los instintos primarios si con ello no se hace daño a nadie, como supongo es el caso.

—Es el caso, don José. No está en mi voluntad causar perjuicios sino disfrutar del placer. ¿Qué otra cosa cabe hacer a mi edad?

—Ah, eso tú sabrás. Ya te daré indicaciones para que actúes según estimes conveniente; al menos en esta materia.

—De mí no tenga reparos porque me oriento bien.

—Lo espero.

—Si lo supiera tu padre...

—Mi padre debe enterarse de lo importante. Esto de lo que estamos hablando es accesorio, subordinado a lo importante.

—Ya veo que te orientas, como bien dices. En fin, que habrá otros momentos y seguiremos la conversa. Ahora, estos días, lo que toca es conseguir un billete para el coche que sale hacia Madrid. Las órdenes de tu padre son que vayas a la capital y arregles el ingreso en la escuela militar en el plazo que estimes oportuno. Y que te labres un porvenir en los ejércitos españoles.

—A Madrid, don José, a Madrid, que tengo unas ganas enormes por llegar a Madrid. Cuanto antes tenga los billetes, mejor.

—Creo que en dos o tres días sales para la capital del reino.

—Que así sea.

Miranda no lo decía pero su idea era retrasar un tiempo la incorporación al Ejército español porque tan pronto como llegase a Madrid pretendía recorrer la ciudad, visitar palacios y monumentos, alguna casa de libros, los alrededores y llegarse hasta Toledo, por ejemplo. Acostumbrado a no tener más disciplina que la propia que impone el estudio tampoco quería sujetarse, nada más pisar la capital de España, a las normas castrenses porque su afán era ver, leer, disfrutar, también estar con mujeres; un vicio que a su edad no se podía hurtar con cualquier emplasto. Por nadie era conocido y ninguno en Madrid podría reconocer los pasos de un joven de Caracas, becado por su propio padre para hacer carrera en la milicia, porque en la España fosilizada de Carlos III no existían más que tres maneras de abrirse paso en aquella sociedad tan desigual: la eclesiástica, la militar y la de la jurisprudencia que copaban los golillas.

Fuera de estas disciplinas, si uno no era hacendado o de linaje noble lo que procedía en Madrid era apostarse en las buenas esquinas de la ciudad y reclamar el óbolo de sus mejores habitantes, puesto que la misericordia y la caridad eran cualidades que se suponían en todos aquellos de posibles que pisaban las calles, como bien sabía el pueblo llano. Y así se lo demandaban, que dar limosna al pobre no era tanto una obra caritativa como una obligación que tenían los pudientes con la legión de menesterosos que poblaban las rúas. Éstos no eran menos orgullosos por ser pobres y reclamaban, en ocasiones, lo que les parecía suyo, aunque lo recibieran de manos de otros y a cuentagotas.

cuatro, Madrid

38

El día mismo que cumplió los veintiún años Francisco de Miranda pudo pisar Madrid tras viajar en coche de caballos desde Cádiz durante varias jornadas —en las que tuvo ocasión, incluso, de ver nevar— con algunos baúles repletos de ropas compradas aquí y allá y una cantidad importante de metálico para entregar a un amigo de la familia, Alfonso García Granados, que sería su casero los próximos meses. La talega correspondía a la venta en San Fernando de varias fanegas de cacao —más de mil kilos— que viajaron con él desde Caracas puesto que don Sebastián estimó que ésa era la mejor manera de colocar un importante numerario en España sin pagar comisiones a intermediarios, una ruina para los comerciantes de la época que traficaban entre ambos lados del océano.

Aterriza Miranda en la capital del económicamente capitidisminuido imperio español y, *festina lente*, organiza su calestre para los próximos meses pensando en instruirse, acomodarse a un estilo de vida nuevo, a una alimentación diferente, a un clima de extremos (eso le parece a él, que va a ver nevar por segunda vez antes de que acabe el año; algo insólito para un caraqueño), antes de solicitar el ingreso en la escuela militar.

Los primeros días en la capital son para recorrer calles y orientarse; los siguientes los empleará en conocer qué libros eran necesarios para asimilar la historia de España, qué diccionarios para ayudarse en la comprensión del francés, cuáles para

estudiar matemáticas y artes militares, pero sobre todo dónde se pueden comprar buenas ediciones habida cuenta de que en Madrid no existe un gremio de librerías como tal sino desde hace pocos años —la Compañía de Mercaderes de Libros de la Corte, primero, y luego la Real Compañía de Impresores y Libreros del Reino— aunque siguieran llegando desde Amberes, Lyon o Venecia volúmenes en castellano impresos ex profeso para el reducido lector español, siempre perseguido hasta el límite de lo imposible por la sotana fatídica de la Inquisición, tan celosa para reprimir y amaestrar lo mismo con la mancuera que con el látigo o la hoguera. Y eso que las cuatro quintas partes de los súbditos de la monarquía eran analfabetos totales, personas que no sabían leer ni escribir porque la educación y el acceso a la cultura estaba en manos de muy pocos, de aquellos elegidos de las clases dominantes que ordenaban el país.

La adquisición inicial que Miranda va a hacer con el dinero de su padre es el *Compendio de la Historia de España*, escrita en francés por el padre Jean Baptiste Duchesne, maestro de los infantes reales, traducida al español, con apostillas, por otro jesuita, José Francisco de Isla de la Torre y Rojo, e impresa en 1764 en los talleres que el maestro Joaquín Ibarra tenía en la calle de la Gorguera, Madrid, cerca de la plaza de Santa Ana. El interés por conocer a fondo la historia de su país hace que Miranda comience sus lecturas con libros sobre la materia que, más adelante, derivan en un diccionario geográfico que aparece traducido al español por Juan de la Serna, donde puede leer por vez primera una descripción de la ciudad en la que nació: «Caracas, o San Juan de León. Ciudad considerable de la América en Tierra-Firme, en la provincia de Venezuela. Es rica, y situada en una llanura abundante en ganado, y en árboles de cacao, que producen el fruto, del que se labra el chocolate; el ayre es bueno. La saquearon los franceses en 1679. Toma de esta Ciudad el nombre de la Compañía de Comercio establecida en San Sebastián, por el que se hace de cacao allí».

El *Compendio* de Duchesne llevó a Miranda a la adquisición de la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, escrita con mano magistral por Lobón de Salazar, seudónimo que utilizó el eximio jesuita Isla —en esas fechas del setenta y uno vagando por Italia como un alma

en pena, malviviendo de dar sablazos involuntarios para no morir de inanición o de nostalgia— con el propósito de evitar complicaciones que al final de la vida no pudo sacudirse. Luego llegaron libros de Feijoo, de Lope, de Cervantes, de Quevedo, de Saavedra, historias sobre las Indias, mapas, una esfera armillaria, globos de la tierra, tratados de trigonometría, aritmética y geometría, diccionarios para el francés e inglés, y una Biblia. En la vivienda de su casero se sorprendían por el afán que demostraba Miranda con la lectura y la información que demandaba a diario sobre Madrid, sus monumentos, las cercanías y los viajes que podía efectuar a la periferia de la ciudad.

Sobre estas cuestiones don Alfonso García le preguntó un domingo, después del almuerzo:

—Pasas mucho tiempo en la calle y por la noche noto que te acuestas tarde porque estás leyendo. También veo que vas a las verbenas callejeras, que te gusta la música y que tocas la flauta. Con todo esto: ¿tienes vocación militar?

40 —Tengo la vocación de aprender, de conocer, de viajar. Sabrá usted que he estado en el Palacio Real de La Granja de San Ildefonso, también en El Escorial, que me gusta mucho solazarme por los jardines del Palacio Real y que prontamente voy a viajar a Toledo. Nada de esto me vendrá mal, sea militar o no.

—He recibido una carta de tu padre en la que me pregunta si te han admitido ya en la escuela del ejército.

—Hasta finales de año no lo sabré. Dígale usted de mi parte que estoy bien, que sigo instruyéndome y que más pronto que tarde ingresaré en el ejército. Si no es por la escuela militar habrá que intentarlo comprando una patente, como tenemos convenido con el señor alemán que me presentó. Al tiempo. Conteste a mi padre que todo marcha a su ritmo debido. Y que envió a mi hermana Rosa una cofia francesa que compré ayer, que es preciosa y semejante a la que lleva la princesa de Asturias.

—Se la regalaron cuando fue madre del primer nieto del rey, el infante Carlos Clemente.

—Ah, qué interesante —responde Miranda—. ¿Sabe que en pocos días comienzo las clases de francés con el señor La Planche, que usted me recomendó?

—Excelente noticia, mi querido Francisco. ¿Dices que tie-

nes en el pensamiento comprar una patente de capitán, como inicialmente pensamos?

—Me temo que sea la vía más costosa, pero la única que conduce al éxito.

—Quería yo comentarte... —se excusa don Alfonso García sin dar mayor importancia a la cuestión, que es el camino más recto—... con dinero, en este país, se llega a todas partes. Fíjate en lo que voy a referir: el yerno del conde de Aranda, don José María Pignatelli de Aragón y Gonzaga, a día de hoy, que debe de tener poco más o menos veintisiete años, y dos hijos que murieron antes de llegar a los doce meses y celebrar el primer aniversario, era ya, con doce abriles, digo, cadete de Infantería, con dieciséis abanderado de su regimiento, con dieciocho coronel agregado al regimiento de Mallorca, un año más tarde coronel en Galicia. Y luego, para qué te voy a contar: sin hijos y viudo se fue a los veinte a París, hace poco tiempo, para vivir con su padre, embajador de España y amigo del músico Luigi Boccherini (se dice de él que es la persona que lo trajo aquí); aseguran que don José María fue el primer amante de una señorita que se apellidaba Lespinasse, amiga de todos los enciclopedistas y escritora.

41

—Qué interesante todo lo que está contando... De manera que el padre de este señor era amigo de Boccherini...

—Es que ambos habían nacido en Italia y se conocieron en Madrid. Pero bueno, a lo que quería llegar es que si se trata de ingresar en el ejército hay un camino recto: el dinero.

—Voy a escribir a mi padre.

—Puedes hacerlo como te plazca pero advierto que lo que procede es asumir, ahora mismo, el compromiso de compra de una patente de capitán, que tiempo habrá de soltar el dinero porque no es cuestión de un día. Lo habitual en estos casos, según me he informado, es asumir el compromiso de compra y dilatar en el tiempo su pago, si el vendedor presta la conformidad.

—Voy a escribir a mi padre —insiste Miranda.

—Y yo a preparar el compromiso de compra.

—Sea como usted mande.

La carta se fue retrasando porque las buenas temperaturas de Madrid producían en Miranda un efecto tan saludable

—buscaba sin freno las verbenas, los bailes de máscaras, la música, las corridas de toros y las mujeres— como en ocasiones pernicioso: las pestilencias de toneladas de basuras que se amontonaban en esta ciudad de algo más de ciento cincuenta mil almas que Carlos III, quizás influido por un informe de Antonio de Ulloa sobre la limpieza de París y su trasposición a la capital española, trataba de asear con empeños que a la población no acababan de agrandar, resultaban insoportables en cuanto llegaba abril y se oteaba el verano. En la urbe capital de un imperio, todavía sin luz de farola, una legión de persistentes empleados vaciaban sus esfuerzos por las noches, al menos dos días por semana, en lo que los madrileños llamaban «la marea» y que no era otra cosa que arrastrar con tablones, que tiraban mulos, la mugre de sentina que estaba esparcida por las calles hacia los vertederos y alcantarillas que tenía marcados el ayuntamiento de la villa. Madrid era muchas veces una pocilga en la que se entreveraban los excrementos de los animales con los propios de los humanos, los restos de comidas con los orines y la mugre mierdosa, en fin, tapizaba buena parte de las calles centrales. En invierno el frío disimulaba el hálito infernal de las basuras, pero cuando asomaban las temperaturas primaverales las calles eran un tártaro de malos olores y de pestilencia total.

El rey Carlos III, que promovió un empedramiento de las calles creando pequeños canales para aguas sucias mayores y menores, y que había puesto empeño en limpiar de mugre la capital con su mejor intención inspirado en un proyecto *ad hoc* de Ulloa (de quien Miranda escribirá en sus diarios que era inglés de alma y que bebía muy bien, según le habían referido en Dinamarca), advirtió que el pueblo madrileño no recibía de buen grado esta novedad tan normal en otras capitales europeas y comentó con sorna antes de coger el portante para salir de caza, como hacía a diario:

—Mis vasallos son como los niños: lloran cuando se les lava.

Miranda padecía con la suciedad y los malos olores en general, y se cuidaba muy mucho de estar al caer la noche por las calles de Madrid, no sólo porque llegaba «la marea», sino porque las esquinas, de día pobladas por honrosos indigentes que

alargaban la mano demandando el óbolo, eran a la caída del sol los lugares más peligrosos puesto que allí se juntaban malhechores de cara tapada con embozo animados hasta el infinito para asaltar viandantes, darles un palizón sin desmayo, robarles cuanto llevaran encima y salir de naja aligerando las zancas. La noche era un tormento en la ciudad para quien paseara a pie y el venezolano, con la lección bien aprendida por haber visto un ataque en cuerpo ajeno, no quería pasar por esos trances aunque le apretara la bragueta, algo que le sucedía muy a menudo a causa de sus impulsos, y se aliviara manualmente de aquella manera.

A final de su primer año completo de estancia en Madrid, diciembre de 1772, las malas noticias llegaron a Miranda en forma de un listado que la escuela del ejército de Segovia colocó en su entrada, donde figuraba un registro con los nombres de los aspirantes que habían sido admitidos para integrarse en la milicia: su apellido no aparecía allí, como él esperaba. Este infortunio supuso que el criollo sentara temporalmente el seso y dedicara unos días a la consulta con su casero para ver el modo de hacer efectiva la compra de una patente de capitán en el ejército español, saltando la vía de las escuelas militares, como había previsto inicialmente. No era cuestión sencilla ni breve, porque primero había que localizar una patente disponible y negociar el precio de su compra; luego, reunir la documentación requerida, un problema que a Miranda le parecía de difícil solución habiendo nacido en Caracas, incluso teniendo —como tenía— documentos que probaban sus estudios en la universidad de su ciudad natal y lo acrisolado del linaje familiar. A diferencia de otros, Francisco de Miranda tenía una parte del camino recorrida puesto que a finales de abril de 1771 ya había adquirido un compromiso por escrito para adquirir una patente al ciudadano alemán que había puesto en venta cuatro, aunque faltaba por hacer efectivo el pago de la cantidad acordada, y ése era un trabajo para el que dependía exclusivamente de su padre, don Sebastián, y de las fanegas de cacao que enviara a Cádiz para convertirlas en dinero.

A este empeño dedicó su tiempo hasta que, al fin, su casero

y confidente le informó que el dinero que suponía la compra, ochenta y cinco mil reales de vellón, estaban a punto de salir desde Caracas y faltaba únicamente la firma del vendedor Thurriegel para que el trato fuera firme, un trámite que era necesario materializar en escritura pública. Además, Alfonso García conocía el trasunto que la patente tenía y mostró interés en que Miranda supiera cuál era el funcionamiento de esos negocios que algunos llamaban de Estado, aunque fueran un pago más en especie de los tantos y tantos que se llevaban en Madrid.

—Resulta —comentó García— que hace seis años un bávaro llamado don Johannes Caspar von Thurriegel, que lleva un tiempo entre nosotros ideando la construcción de una fábrica de espadas al estilo de las que existen en su país, propuso al rey colonizar con seis mil ciudadanos alemanes y flamencos, todos católicos y dispuestos a venir a España, los parajes que estaban a medio camino entre Madrid y Cádiz, por donde Bailén y Sierra Morena, y formar una población que diera algo de lustre a aquella zona tan despoblada por la que transitan tantos abarrotados y marchantes. Carlos III aceptó su ofrecimiento y unos días antes de que ordenara la expulsión de los padres jesuitas de sus dominios en el orbe aprobó una orden para que se llevara a buen fin la colonización de aquellos lugares, tarea de la que quedó encargado don Pablo de Olavide. De resultados de aquel negocio, hoy todavía inconcluso, Thurriegel cobró unas cantidades de dinero y recibió cuatro patentes de capitán para que las vendiera y se quedara con lo que de ello resultare. Él mismo me ha comunicado que nos despacha una, tal y como acordamos en su momento, si don Sebastián, tu padre, aporta los fondos. Creo que es cuestión de días, semanas a lo más.

—Voy a escribirle inmediatamente para conocer en qué punto se encuentra la remesa —saltó Miranda.

—Ya lo he hecho, querido Pancho. Nos queda esperar.

—Dirá usted, don Alfonso, desesperar. La tardanza consume a todo el mundo, inclusive al de nervios bien templados.

—No hay alternativa.

—Dice bien, no la hay. Hemos de esperar.

La tardanza duró poco porque tal día como un 7 de enero de 1773, según recogió Miranda en los documentos de su «Co-

lombeia», Thurriegel firmó una escritura y carta de pago en la que, siendo fiador de la operación Alfonso García Granados, el venezolano entregó ochenta y cinco mil reales de vellón para que aquél otorgara una patente de capitán en su favor y, de esta forma, obtuvo plaza en el ejército saltando, como todos los que disponían de posibles, los trámites y escalafones que la milicia arrastraba. Con la patente, y aportando todos los documentos sobre la solvencia de su linaje y su condición de cristiano de fuste, Francisco de Miranda se incorporó como capitán al Regimiento de Infantería de la Princesa n.º 35, instituido ocho años antes, donde ya resolvía el teniente coronel Juan Manuel Cagigal, el futuro capitán general de Cuba que tan decisivo iba a ser en su vida como amigo, confidente, protector, incluso bibliotecario de sus muchos libros en el primer regreso, siete años más tarde, a la América de donde salió.

Tenía Miranda casi veintitrés años cuando consiguió el objetivo que su padre había trazado para el viaje y que no era otro que ingresar en el ejército español y labrarse un porvenir, y en ese tiempo el caraqueño ya era un hombre de formación muy superior a la de cualquier bien instruido de la península. En Madrid, además de adquirir todos los conocimientos que pudo sobre las bellas artes, las matemáticas, la geometría y las tácticas militares, tomó contacto con un profesor de francés, monsieur La Planche, con el que no sólo aprendía la lengua extranjera, y también nociones de inglés, sino que visitaba palacios y jardines ya que ambos eran muy aficionados a la botánica y daban en emplear buena parte de su tiempo discutiendo sobre las bondades de los estilos arquitectónicos, la pintura y la música, el arbolado y las flores.

A comienzos de los años setenta del siglo de la Ilustración en Madrid se vivía una época sin guerras —que iba a durar bien poco— y eso iba a permitir que quienes administraban el reino pusieran el foco sobre elementos en los que nadie antes había reparado, aunque fueran de gran importancia para el futuro del país. El propio Jorge Juan y Santacilia, que moriría el mismo año que Miranda ingresaba en el ejército, acababa de proponer al rey la creación de un observatorio astronómico en la capital del reino y todo hacía pensar que la obra se iba a iniciar porque Carlos III la veía con gran interés y, además, quería

recompensar los esfuerzos diplomáticos que su espía predilecto había llevado a cabo en el reino de Marruecos, frontera africana de las posesiones en aquel continente. Pero la salud de Juan era tan delicada a causa de unos cólicos biliosos que le inmovilizaban las extremidades —apenas si podía articular las manos— que el rey le recomendó recuperarse en la salud antes de iniciar otros trámites y todo su empeño en mejorar la astrofísica construyendo un observatorio acabó retrasándose en el tiempo, sin que el marino a la postre lo pudiera ver con vida.

46 En los vaivenes de la corte, además, se produjo una mutación que tomó en sorpresa a quienes decían ser los más enterados: el conde de Aranda malogró temporalmente su influencia —a consecuencia de que la Inquisición lo había colocado en el punto de mira— y dejó de ser el presidente del Consejo de Castilla en favor del arzobispo Ventura Figueroa Barreiro, negociador en Roma del último concordato con la Iglesia católica, protocapellán de los ejércitos y limosnero del rey (un cura avaro que guardaba en cofres de distinto tamaño cantidades ingentes de dinero en monedas de oro y plata, fruto de lo que dejaba de dar a los pobres y se embolsaba mezquinamente para sí mismo). Perdió Aranda el favor real temporalmente y salió para Francia como embajador de España en París, dando más comidilla a sus adversarios sobre las perniciosas influencias que sobre él ejercían los más radicales intelectuales franceses, Voltaire el primero; eso propagaban.

A Miranda le llegaban tardíamente los ecos de lo que pasaba en las tripas del gobierno de España pero ya era un militar de graduación que se relacionaba por Madrid en las tertulias de mayor nivel junto al fabulista Tomás de Iriarte, coetáneo suyo, aunque ignoraba que el hecho de tener patente de capitán no le exoneraba de ser destinado en algunos de los malos empleos que tenía la infantería hispana en las plazas del norte africano; Melilla, por ejemplo, más que nada por la estrechez de la plaza fortificada y el aburrimiento que padecía la guarnición allí desplazada.

La vida en Madrid, primero, y luego en Granada resultaba entretenida para un capitán que frisaba los veinticinco años, a menudo perseguido por las mujeres (lo tenía casi todo: era de estatura más bien alta, pelo abundante, guapo en las facciones,

entretenido y culto en su hablar, leído como poquísimos, políglota y, además, manejaba numerario), aunque el espíritu aventurero de Francisco de Miranda demandara una dosis de adrenalina —como la que estaba a punto de llegar en África— según prescribía él mismo, con bastante frecuencia, cuando en contadas ocasiones bebía licores y trasegaba tabaco:

—Soy un hombre de acción.